



CAPÍTULO X

«...Me marcho á la mansión de mi Padre celestial... Y Él me coronará»

(Últimas palabras de NAUNDORFF)

DESPUÉS del gran almuerzo, celebrado al toque de medio día, el conde había tomado la costumbre de hacerse transportar sobre una de las terrazas del castillo, desde la cual gozaba de una perspectiva incomparable.

Allí, entre dos almenas, se hallaba instalado, sobre su trípode, un antiguo anteojo de Passevent, forrado de terciopelo carmesí, y ayudándose de sus lentes, vigilaba con interés toda la comarca. En el horizonte, distinguía las dos torres gemelas de

la catedral de Tours; un poco más lejos, en la embocadura del Cher, los tupidos bosques y pinares de Villandry, donde Felipe Augusto concertara la paz con Enrique II de Inglaterra; hacia la izquierda, las ruinas del Castillo de Cinq-Mars, que fuera demolido por mandado del Cardenal Richelieu; al mediodía, un espeso manchón, vastísimo, de muchas leguas, las frondas de Chinon; después, en las mismas márgenes del Indra, cuyo risueño valle se confunde y ensambla con el que baña el Loire, veíase Blanchatre y el Castillo de Ussé, que fué, según se dice, la romántica residencia de la Dama de las Belles-Cousines y del pequeño Jehan de Sintré. Y finalmente, en los primeros términos de este inmenso y majestuoso panorama, entre praderas, ribazos y viñedos, se deslizaba el bello cauce del Loire, cubierto de velos caminantes, y cuya ancha y gruesa corriente batiera antaño los cimientos y muros de la fortaleza, hasta que fué dominada y contenida por estos admirables y macizos diques comenzados bajo el reinado de Ludovico Pio.

Abismado en una especie de estúpida somnolencia, permanecía Roulette largas horas, bajo el cielo siempre nublado; no hablaba, contemplando siniestramente á la condesa adolecida de verle retornar á una misera infancia.

Sería interminable el cuento de todas las rarezas y extravagancias del Príncipe, cuyo gesto sombrío y hosca catadura rechazaba todo comercio y plática de gentes. Todas las puertas habían de estar cerradas con llaves y cerrojos, y las ventanas defendidas por espesos cortinajes; no consentía que se le allegasen los mismos servidores; y en su presencia nadie debía pronunciar palabra ni reirse, y antes de subir á su cámara, era preciso descalzarse. El correo habían de subirlo, desde la escalera, por un cestillo de mimbres. Ya no salía nunca. Los caballos, hinchados de heno, ahitos de pienso, reventaban de salud y fortaleza en sus cálidas cuadras; y cuando, por las seguidas súplicas de la señora, se decidía el conde á dejar su hotel, era por la mañana, casi con el alba, y subiendo en su carruaje den-

tro del gran patio completamente cerrado y guardado, y Pigache tenía mandamiento riguroso de no volver nunca la mirada hacia el Príncipe.

Todas estas pobres severidades aumentaban en el lugar el pasmo y miedo enigmáticos que inspiraba el excéntrico castellano.

En las veladas, las buenas mujeres aseguraban que el señor tenía siempre al alcance de su mano una feroz pistola, y que era dueño, en países remotos, de una isla donde tres centenares de negros cargados de cadenas, plantaban cañas de azúcar para él, noche y día.

El bosque se fué desnudando maltratado por los vendavales; nubes gordas, fierisimas, galopaban en el cielo como los caballos del Apocalipsis; y en las techumbres de plomo, recibiendo frente á frente las ráfagas, las férreas veletas entonaban la canción del viento.

Una tarde, el conde, según costumbre, hallábase en la terraza á despecho de las primeras borrascas de noviembre que derribaban ruidosamente las grandes piñas de los vecinos árboles.

El Príncipe se distraía haciendo flores de lis de los fajos de *asignados*¹, sujetos con pisapapeles de mármol. Reclinada en las almenas, la señora le hablaba dulcemente como á un chiquito ó un imbécil:

—Vamos, Sire; ¿qué desea Vuestra Majestad para su comida? ¿Os parece bien una taza de caldo, una linda trucha cocida con vino?

Su Majestad no contestaba. Meaneando la cabeza, proseguía gravemente su infantil tarea; y nada tan lastimoso como el espectáculo de estos dos seres decrepitos, de este dúo de inviernos en esta terraza desierta, bajo la desolación del cielo, ante los muros de este Castillo tan lúgubre y misterioso, que hasta en pleno día parecía alumbrado de una luna tristísima y sonar en los relojes la media noche.

Lastimaba mirar á la condesa, de una encarnación tan diáfana á medida que los años la inmaterializaban, que parecía una imagen de cera. Sus cabellos casi blancos con algunos reflejos de plata violácea,

1) Papel moneda creado en Francia en 1790 con la garantía de los bienes nacionales.

sus rizos ya lacios por el abandono, la expresión de lo eterno, de ultratumba de su mirada, siempre empañada de lágrimas, una mirada lejana dedulce fijeza oblicua como la de algunas damas dibujadas al pastel, sus manos tan chiquitinas, tan miserables, pálidas y escondidas bajo los finos encajes de sus mangas, y sus pobres piececitos con babuchas cenicientas, toda esa apariencia de aflicción no despertaba ni el más leve movimiento compasivo de gratitud en el alma de Roulette quien solo ofrecía á su martir la visión desgarradora de su invasora decrepitud.

—¡Entremos, Señor—le repuso de súbito la señora;—el viento es demasiado frío, y Vuestra Majestad parece hallarse algo indispuesta!...

—Si, sí, también yo lo deseo... noto un malestar, una...

No terminó. Sus brazos aletearon desesperadamente, una intensa palidez seguida de un repentino y siniestro enrojecimiento invadieron su faz, y arrojando un grito ronco, horrible, desplomóse en su butaca que crujió balanceándose, y el monarca cayó pesadamente al suelo.

Los clamores de la condesa atrajeron á la servidumbre que transportaron con grande reverencia al príncipe al retiro de sus habitaciones. Todos los cuidados y esfuerzos para reanimarle fueron inútiles: el soberano estuvo sin conocimiento hasta las siete de la tarde que llegaron los doctores Bercegrange y Paroisse traídos presurosamente de Tours en una calesa guiada por Pigache.

Apenas los distinguió la señora, precipitóse enloquecida á sus pies y tomándoles las manos les imploró:

—¡Oh, prometedme salvarle y hacer por él lo que hariais... por un Rey!

El venerable doctor Paroisse, le repuso con voz lenta y severa:

—Nosotros haremos por el señor conde cuanto se hace por una criatura humana. En el lecho, señora, no hay para nosotros ni monarca ni labriego, ni duquesa ni plebeya; sólo vemos un sér que sufre, un enfermo que tiene derecho á participar de la salud.

—¡Si, tenéis razón! ¡Vayamos pronto á su lado!

Sin apoyarse en la balaustrada, impetuosa y rauda como una mujer apasionada y joven, la señora precedióles por la escalera cuyos peldaños apenas hollaba. El dolor como el goce presta alas.

Uno en pos de otro penetraron en la vasta cámara, donde se cernía el intenso silencio de las catástrofes. El reconocimiento que hicieron los médicos fué largo y escrupuloso. A sus ruegos, la condesa se había apartado para dejarles más libres. Vuelta de espaldas al postrado, no se atrevía á moverse ni suspirar, sentada junto á una consola en cuyo mármol todavía estaba el pistero de leche y la taza de dos asas que sirvieran, aquella mañana -- ¡quién sabe si por última vez! -- el levantarse el Rey. Pero la misma quietud de la señora probaba las angustias que sentían sus entrañas por esta consulta cuyo resultado ansiaba y temía saber.

De cuando en cuando escuchábanse algunas palabras de misteriosa significación que se cambiaban los médicos inclinados sobre el enfermo y el rumor de las idas y ve-

nidas del ayuda de cámara; y esta escena, alumbrada por dos candelabros, que figuraban por contraste dos rapaces traviosos y risueños empuñando grandes antorchas de oro, ofrecía un raro conjunto de solemnidad y pesadumbres.

No pudo dominarse más tiempo la desventurada, y preguntó desde su asiento:

—¿Vivirá?

—¡Sólo si Dios lo quiere! —contestó M. de Bercegrange.

—¡En ese caso, yo respondo de Dios! —repuso ella con fiero ardimiento.

—Nosotros —añadió el médico— estimamos cumplida y acabada nuestra misión, muy pequeña, muy pequeña, muy estéril por esta vez. El enfermo se halla bajo la eficacia de un síncope que cesará antes de media hora. Recuperará su conocimiento y la cabal lucidez, pero tememos que sea por breve tiempo. Le amenaza una crisis terrible... ¡Será preciso, señora, implorar al cielo, pues sólo en la mano del Altísimo puede haber remedio para un moribundo!

La señora, que en presencia del peligro recuperara toda su energía, replicóles:

—¿De modo que nada podéis hacer, y os retiráis?

Ellos quedaron silenciosos.

Y la señora comprendiéndolo todo, con sangre fría que daba pavor, haciéndoles una profunda reverencia, dijo:

—Gracias, señores. Acaso llegue un día en que podáis saber quien es el hombre que habéis visto en ese lecho.

Después, dejándoles perplejos la singularidad de sus postreras frases así como admirados del lujo que les rodeaba y en el que hasta entonces no habían reparado, la señora sólo atendió á su Rey.

Tendido sobre la espalda, entrambos brazos caídos sobre los ricos cobertores, permanecía el conde inmóvil, desmayado, llenando con su corpulencia toda la inmensa y noble cama.

De repente abrió los ojos; reanimóse y esclarecióse su rostro, y con voz clara murmuró:

—¡Quisiera que llamáseis al P. Nar-

bonne; pero, enseguida... apenas me queda tiempo!

La noticia del accidente y de la llegada y salida de los médicos, había sobresaltado á todo el vecino lugar; y el párroco, precisamente cuando se iba en su busca, presentábase en el castillo para saber lo acaecido.

A pesar del dolor que la anonadaba tuvo la piadosa condesa una íntima dulzura y consolación oyendo al Príncipe, tan desviado hasta entonces de Dios, reclamar la presencia de su santo ministro... ¡Oh, cuántas veces había necesitado ella esconderse para rezar sus oraciones, evitando así las injurias y burlas del esposo!

—¡Ah, señor abad, señor abad!— exclamó la dama conteniendo su llanto.—¡El mismo ha pedido que vieneséis, él mismo! ¡Está perdido!

—¡Para la tierra, para el mundo, señora, pero ganado para el cielo! ¡Que es mucho!

Ella hizo un gesto de rebeldía murmurando:

—¡El cielo bien puede esperar!

—¡*Pax*, señora condesa, resigna-

ción, y pidamos mientras vivimos que el Señor no nos haga esperar mucho la eterna bienaventuranza!

En el alma de todo hombre que se siente morir, aunque sea incrédula y perversa, el temor, esa vanguardia del arrepentimiento, suele obrar grandes milagros.

Y uno de estos santos prodigios había hecho que Roulette reclamase el auxilio del abad de Narbona.

Fácil y muy bizarro es ufanarse de irreligioso, pero la sola perspectiva de un paraíso para los corazones perfectos y de un infierno para los reprobos suele hundirnos en penosa angostura. ¿Quién sabrá nunca los escondidos y angustiosos arrepentimientos de los que se hallan cerca de esa inquietadora y terrible puerta, detrás de la cual, Tomás el incrédulo podía hundir su mano en la profunda llaga divina? Brutalmente trastornado, perdiendo el sostén de las frágiles tablas de la vida, el viejo histrión acosado de remordimientos, había mentalmente implorado el perdón de su impostura, pero, el ataque le había herido con tanta violencia y rapidez, que

sus labios no pudieron pronunciar el nombre del sacerdote. Al despertar, su primera palabra fué para él; y acaso la señora, tan sentimental y tierna, padeció en su corazón viéndose preferida.

—¡Dejadnos, dejadnos solos!—ordenó el enfermo impacientemente apenas llegara el religioso.

Obedeció la condesa, y mientras Roulette—quizás menos tocado por la gracia que espoleado por el terror del mañana—vertía humildemente en el seno del viejo y asombrado clérigo toda la confesión de lo que el llamaba *el crimen de su vida*, la señora retiróse en su aposento, desde cuyas altas ventanas de menudos cuadros de cristales, veía la iglesia de Langeais.

Era una humilde y arcaica iglesia de estilo del siglo xv, con su coro ruinoso cuyos vitrales se alumbraban de oro y cinabrio en las gloriosas puestas de sol. Sus arbotantes y pilares hendidos, carcomidos, agujereados, como de piedra pómez, donde las golondrinas colgaban sus nidos, estaban á trechos tapizados de musgos amarillentos, que semejaban gi-

rones de terciopelo de Utrecht; y su aguja, que se decía de la época de Ricardo Corazón de León, atravesaba el gallo sin patas que el día del Juicio Final se arrancará de un vuelo de todos los campanarios de Francia.

En este momento, en que Dios tomaba tan manifiesta represalia de aquella conciencia, comenzó a tañer la campana el Angelus. El volteo de la vieja esquila aldeana vibraba derramándose en la luminosa pureza del ambiente, iluminado de súbito por las brasas del ocaso, y era como una bendición que bajaba sobre toda la tarde, sobre los trabajadores de los sembrados, sobre los rendidos habitantes de las chozas y las cansadas yuntas.

Resonando los religiosos tañidos, la condesa, esa pobre y abnegada víctima que sabía por sí misma que los más heroicos sacrificios son ineficaces para conjurar la desventura, arrebatada entonces místicamente de fe hizo el voto, si el Rey sanaba, de guardar hasta el fin de su vida el ayuno riguroso, vender en provecho de los pobres sus joyas, sus vestidos,

hasta sus íntimas ropas y de cubrir su carne con la parda estameña.

De retorno á la cámara del conde, quedó espantada de la transformación de aquel cuerpo.

Después de confesarse y recibir la absolución había perdido otra vez el conocimiento. Incorporado sobre la cama, bañada su frente de un sudor frío y viscoso, miraba con ansiedad un invisible espectáculo que le cautivaba y atraía invenciblemente. En la comisura de sus trémulos labios se cuajaba una espuma amarillenta como en sus brutales arranques de furia que hacía callar con gesto terrible á la petrificada señora.

De pie junto á la cabecera, las manos juntas, recias manos de labriego, tan delicadas y augustas cuando alzaban el cáliz y partían la hostia, el abad de Narbonne oraba por el moribundo con esa serena expresión de hombre familiarizado á la visión de esa lucha suprema.

Durante algún tiempo el enfermo siguió de esta manera. El gran lecho recrujía bajo las sacudidas del jadear anhelante del agónico. Luego,

de súbito, habló. Habló en alta voz, con espantosa ligereza, como un niño recita la lección aprendida de memoria, repitiendo palabra por palabra, todas las instrucciones que le diera un día Lecharme en el entresuelo de la calle de Varennes: « .. mi diestra juguetea con el Espíritu Santo que resplandece sobre mi costado... Es preciso que tenga una sonrisa de monarca... Y la tendré... Ella se precipita á mis rodillas; las abraza, las besa, y yo la dejo que haga...»

Las palabras le salían precipitadas, á borbotones, á torrentes. Pero su boca se torció, quedando abierta, grande, honda y muda. Entonces el sacerdote inclinóse, presentándole el Crucifijo. El Príncipe lo contempló extraviada y largamente. Sus rasgos convulsos, se estiraron, y volviéndose al abad con mueca de resignado, balbució:

—¡Ah, sí, ya sé! ¿Sois el recoleto? ¿Ya es la hora? Bien; vayamos. Veo que me han esquilado el cuello... ¡Vamos!...

Daban las nueve.

Los criados entraban en silencio

las lámparas para apagar las bujías cuyas grandes llamas abrasaban las arandelas.

Después, el moribundo balbució palabras delirantes que le dictaba el tenebroso recuerdo de su miserable farsa. Pedía que le pusiesen sus bandas, sus cruces, todas sus regias insignias; proyectaba una guerra en Flandes; ordenaba que avanzaran las brigadas de reserva, y mil incoherencias pasmosas.

De cuando en cuando doblaba la cabeza y parecía recogerse anonadado, aterrorizado, como en presencia del gran Juez, roído por los remordimientos. Otras veces miraba á su alrededor, enfurecido, crispado de iracundia, llenando de injurias al clérigo: «¡Fuera de aquí, marchaos, maldito! ¡Tirad ó bebeos vuestra agua bendita!» En seguida se le sucedían inmovilidades, rigideces inquietadoras, postraciones de profundidad de abismo, y entonces se escuchaba claramente la quejumbre del viento en las ramas, el relincho fatídico de un caballo llegado de la apartada cuadra, el sonar de las horas, todos los irónicos ruidos y ru-

mores de la vida de fuera que prosigue su curso, sin importarle nada la humanidad...

De momento en momento la faz del comediante tornábase de lívida en terrosa y plomiza, del mismo color de esa tierra y de ese plomo que pronto habrían de cubrirlo en una noche eterna; sus mejillas, flácidas como girones de mortaja, se ple-gaban y hundían por las mandíbulas que mostraban toda su recia armazón; la nariz borbónica, se le adelgazaba y aflaba semejante al pico de un gran pájaro de rapaña; y las aspiraciones de su pecho penosamente alzado hacíanse más intermitentes, como si quisiera desmenuzar con avaricia los escasos minutos de realeza que le quedaban. Todo anunciaba su próximo acabamiento. Escrito estaba sobre sus rasgos lívidos, sobre los de la señora que parecía la estatua sepulcral de la Desolación, sobre los del abad de Narbonne, en oración, esperando el tránsito de esa alma.

En este instante supremo, el antiguo postillón que lograra quedar sobre su costado, volvióse á la con-

desa mirándola con ojos descoloridos, vidriosos, hundidos, cavados en la órbita, pero que denotaban su ansia de hablar mezclada con la angustia de no poder hacerlo.

Penetrada la señora de ese religioso temor que nos paraliza junto á la almohada de los moribundos, como si el más pequeño gesto ó la más leve palabra pudiesen quebrar el tenue estambre que los ata á la vida, con infinito cuidado, acercóse al Rey; el cual, recogiendo todas sus fuerzas, pronunció estas palabras, que cayeron en la cámara como una centella:

—¡Perdón... yo no soy... yo no he sido nunca Luis XVII!

Y apenas acababa esta frase espantosa, un terror casi sobrenatural descompuso el rostro de los tres actores de esta trágica escena, uno de los cuales pisaba ya la tumba.

Sintióse Roulette aliviado por esta confesión *in extremis*, y estupefacto vagamente de la herida que acaba de inferir. La señora quedó entregada á las angustias de esta revelación que derrumbaba los santos ídolos de su vida y le hacía dudar del

pasado, del presente, del cielo, de ella misma; y el viejo clérigo imploraba á Dios que no le diese á bendecir dos cadáveres...

Los tres, desencajados, pálidos, con la misma intensa blancura se contemplaron con tan fría y pavorosa fijeza que parecían á punto de entregar la razón y la vida entre un grito de dolor que sólo se arroja bajo la garra de la más horrenda pesadilla.

Ante la muda interrogación de la condesa, ante la súplica de sus ojos oscuros, el párroco de Narbonne, no vaciló: antes que ver muerta á sus pies esa infortunada loca que sólo ansiaba creer todavía en su Rey, en el mártir desconocido con el que no tardaría en reunirse, apiadóse, y dijo la primera mentira que pronunciaba desde que recibiera la tonsura.

Atrayendo á la señora, y separándola algunos pasos de la cama, le murmuró en el oído:

—¡No le creáis! Acabo de oírle su confesión... ¡Verdaderamente es hijo de San Luis!

Reprimió la señora un grito de

gozo, y cayó de rodillas sobre la alfombra, escondiendo la cabeza entre sus manos.

El sacerdote comenzó á recitar las oraciones para el auxilio del moribundo. Vibraban las bellas palabras latinas con honda majestad. En estos momentos grandiosos y conmovedores, parece que Dios se adelanta al hombre, para acortarle el camino que ha de llevarle á su presencia.

Comenzó el estertor de Roulette, lento, regular. De repente fué quedándose rígido, mientras el párroco pronunciaba: *Adveniat regnum tuum...*; dilatáronse sus pupilas hasta doblar su diámetro, y expiró...



CAPÍTULO XI

«Sólo Dios es grande».
MASSILLÓN
O. F. de Luis XIV

UNO de los más penetrantes y emocionadores efectos de la muerte, quizás sea esa especie de altivez y arrogancia dramática y teatral que preside en todas sus formalidades y ceremonias.

Estupendo acto último es el que se representa lo mismo en nuestras amplias y profundas iglesias, que en las más bellas y galanas salas de Opera, jornada que se ejecuta sin apuntador, y, algunas veces, delante de los bancos vacíos, y en la que toman parte coros y orquesta, sopra-

nos y comparsas; y hay tapices de terciopelo y armiño colgados por tramoyistas funerarios, hileras de cirios formando graderías, mientras el protagonista, á pesar de su mutismo, cosecha más flores y alabanzas que el más preclaro de los cantantes italianos, y un público, que no paga, á veces plañe, danza ó rie movido de abominables pasiones ocultas en la hondura del alma.

Muéstrase claramente que la *Camarde*¹, aunque se le supongan grandes sentimientos igualitarios, desdeña también la plebe y villanía de los mortales. La inconmovible altivez de esta gran dama, el ufano reposo de sus gestos, sus vestimentos de plata, su gusto en la ostentación de las galas y fausto huelen á aristócrata desde una legua.

Existe un íntimo contentamiento en la exhibición de los crespones y tapices fúnebres.

Es dama presumida la Muerte. Le desagrada hasta que se la nombre por los malaventurados que al extinguirse no dejan en el fondo de su armario ni un gran cordón ni la más

1) La Seca, la Desnarigada: la Muerte.

modesta insignia que lucir sobre el cojín del féretro.

Los cadáveres bien nacidos, las cenizas del *Faubourg*, los restos cuya ascendencia llega á las Cruzadas, son los únicos que le halagan; y tienen un acogimiento lleno de gratitud para los huesos de las señoras encopetadas, para los despojos de los pajes de Carlos X, para todos los singulares difuntos cuyo reclamo es tan gustoso, y que son de linaje distinto á esos pobretes que duermen el sueño eterno tan inadvertido como cuando vegetaban. Herir á los humildes, á los pelafustanes, á la plebe, es para ella una especie de casamiento desigual y villano. Y así, para resarcirse de la calidad con la cantidad, se entretiene y ensaña cuando siega la hierba de las bajas praderas: y entonces tenemos las epidemias y calamidades: el cólera, la peste ó la guerra que corta cincuenta mil vidas de hijos de labriegos por cien de nobles oficiales. En fin, si la etiqueta no hubiese sido hallada y disciplinada para las Cortes, la habria inventado la muerte, porque es origen y pretexto del

más peregrino aparato escénico que hay en el mundo; el aparato escénico funerario.

Verdaderamente, si no fuera por las lágrimas que hace derramar, sería preciso acto de justicia el bendecir á la Muerte por los maravillosos espectáculos que ella nos depara gratis, por las fastuosas cabalgatas, sus cortejos y desfiles, sus orquestas, sus tambores enfundados, sus campanas, sus aniversarios y misas admirables, sus *Liberá*, sus *Dies Irae*, sus *Requiem* y *De profundis*, que son para nosotros como un voluptuoso y macabro anticipo del *más allá*, y nos dejan palpitantes de religiosa angustia.

En estos momentos, aunque el difunto sea inmortal, y se halle abrumado de honores y glorias, desaparece para ceder su sitio á la Muerte, y es Ella, solo Ella, la que avanza entre lámparas y candelabros, rodeada de incienso, al lento paso de su negra cuadriga. Y como ella es la Vanidad hecha balanza que todo lo mide, hiede más á orgullo que á podredumbre, y gusta de enmarquesarse, y ofrecerse en prin-

cipescas exequias, y nunca se considera más venturosa y regocijada que las noches en que arranca la corona de unas sienes, aunque sean de un Capeto de impostura, de un Rey de carnestolendas, de un antiguo postillón nacido en una trastienda y arrojado en un palacio...

Durante la noche, el día después y la segunda noche que siguieron á la catástrofe, la señora, rehusando todo cuidado y alimento, entregando todas sus fuerzas al dolor, no se apartó de la cabecera del Príncipe, tendido en suntuosa cama de respeto, untados de carmin de Portugal sus pómulos, guantes blancos, y con toda la suprema ironía de las ropas reales.

La condesa no podía apartar su mirada de aquel semblante, cuya vulgaridad y rudeza, invisible siempre para ella, desapareciera desde que reposaba como un bloque de mármol entre almohadones de felpa azul.

Bañada de los inquietos fulgores de los blandones y girándolas, la cabeza del Rey, enérgica, limpia, con dos sombras en las sienes y en

la oquedad de las mandíbulas, parecía ya la cabeza moldeada de su misma estatua. La señora le veía los contornos del perfil que tantas veces imaginara labrado sobre el oro de las monedas de Francia; y permanecía inmóvil, recogida, muda, delante de la belleza impresa en los rasgos del angusto cadáver, que la Muerte respetuosa, amparaba hasta el fin bajo su dosel... ¡Y era Él, Luis XVII en persona, el Delfin de Trianon, el hijo adorado de Antonieta, el que estaba allí, muerto, muerto, y frío como... como un ánade!!

Algunas horas antes de ponerlo en el féretro, la señora, aniquilada, transida de congoja, sentóse junto á un ventanal, abierto sobre un alba fría de noviembre.

Un hondo estupor se desprendía de los bosques desnudos, de los céspedes marchitos, de la consternación de las ruinas, como si la tierra, los árboles, las piedras se dijese la nueva terrible: «¡El Rey ha muerto! ¿Sabéis que el Rey ha muerto?»

Desde el fondo de los sotos, *Catedral*, el macho cabrío, daba su bálido trémulo, intenso, delirante.

En el cielo, las nubes de la noche habían levantado para esa Majestad que acababa de entregar su alma á Dios, un prodigioso catafalco con su *primer término*, su *fondo*, sus rampas, sus molduras, su bóveda, sus paños de tinieblas. Las últimas estrellas, como pálidos cirios, lo alumbraban; de los ángulos subían lentos humos que parecían de antorchas mal apagadas; y largos velos llorosos, que se creyeran de negra muselina, flotaban dulcemente como fúnebres chales. Mas, de súbito, el fragil y enorme túmulo osciló, se hendió, sus peldaños se deshicieron, el viento mató los cirios, retorció las columnas, derrumbó la cúpula, desgarró los cortinajes, y todo el grandioso monumento cayó destrozado, y sus ruinas desaparecieron hacia el norte cargadas en una nube lenta y obscura que tenía la forma de un gigantesco carro.

Y la señora continuaba siempre en el mismo sitio, inmóvil, mirando.

Hipnotizada, hechizada por este espectáculo, donde creía ver una misteriosa profecía, comprendió repentinamente, como si se asomase á

lo porvenir, que había acabado ese perfume inefable y glorioso que se llama: *Prestigio monárquico*. La monarquía no había muerto con el que pronto descansaría bajo la losa, no: subsistiría, aún, siglos, prosperaría en esta Francia que le era deudora de su indestructible grandeza. A pesar de las revoluciones que pudieran herirla y malpararla para hacerla luego más necesaria, ella resucitaría siempre de las cenizas, más robusta, más acabada, pero... *sin prestigio*, sin el encanto, la magnificencia y la gracia que la realzaban y embellecían; sin ese aroma de etiqueta que solo estaba en los cortesanos de empolvadas pelucas, siempre rendidos y cuidadosos, sin el culto, la religiosa adoración de todo un pueblo. Extinguido se habían los Versalles, los Marly...; desaparecido habían los Suizos guardando las puertas de las Reinas...; acabado habían los fastuosos cortejos, las espléndidas carrozas, que no salpicaban de lodo ni atropellaban á ningún súbdito, que no iban tan rigurosamente vigiladas que no hubiese podido Ravallac subir á la zancajera, ni tan rápidas

que no se las pudiera alcanzar en Varennes... Ya no estaban los palacios de agua, las naumáquias, los Apolos de las fontanas, las Cérés de los macizos y alamedas, los pífanos, los galanos oficiales, los timbales sonoros, los viejos arreos de la caza mayor... Ya no resonaban las solemnes palabras: «Monseñor, Princesa, Delfín, señores Infantes de Francia»; estas grandes, lentas y mágicas palabras, tan amadas del corazón de los leales, y que evocaban toda la Historia, cuando caían de la boca de los heraldos ó de los labios estremecidos de Bossuet! Muerto estaba ya el reinado de las galanías, del esplendor de la espada, esa arma gentilísima nacional de los campos de combate y de los salones, nunca cansada ni reacia á lucir por una mirada de mujer, por una cinta, por una flor. Muerta estaba ya la monarquía del mobiliario, de la arquitectura, de los jardines, de los muelles con severos y amplios parapetos, de las fortificaciones á la Vauban, y la de los retratos y miniados, de los tapices, del Arte, de la elegancia y de la moda... Acaso la posteridad

tuviese más valor, pero nunca la sonriente braveza del pasado, la cortesía hidalga de Fontenoy; flamearían siempre las banderas, pero no los estandartes y lábaros; quedaría siempre nobleza, pero no la aristocracia de los gentiles-hombres...

Y en fin—preguntábase la rancia señora:—¿qué será de nuestros Lis, nuestras flores de lis, esas ideales flores de nieve, que costaron tanta sangre pura y generosa?... Después de acompañar y seguir paso á paso á la monarquía á través de los siglos, explayadas sobresus blasones y arreos, desde el yelmo de los Cruzados hasta el fieltro de los mozos de Charette, acaso ellas también, rascados de la piedra de los palacios y del marmol de los sepulcros, expulsados de todas partes, de las ropas, de las insignias, de los sables, de los escudos, desaparecerían para siempre, para solo subsistir en la memoria de las generaciones futuras, como recuerdos divinos, como inmortales y poéticas flores de leyenda!...

.
Llegada la hora de cerrar el fére-

tro, la señora colocó dentro, con inmenso pesar, los cabellos de Maria Antonieta, de Madame Elisabeth y de la Infanta, aquellas mismas reliquias que el Principe le diera un día, uno de los más venturosos de su vida.

Después, para estos momentos del postrero adiós, la viuda recuperó toda su entereza, y supo templar su alma y mostrarse á la altura del golpe que la hería.

Serena, glacial, dignísima, dispuso con el sacerdote todo el rito, toda la ceremonia y etiqueta fúnebre: el gran candelabro, el paño y dosel bordados, toda la plata de la Iglesia, el *De profundis* á contra tono, todas las campanas.

En fin, vestida la servidumbre para el enterramiento, y velados de negro, por seis meses, los espejos de los salones, la señora adoptó para sí el luto de corte: cofia de crespón, mangas de pagoda, abanico de gasa negra, manguito de raso de Saint-Maur, guantes y zapatos bronceados.

Y en el fondo del parque, á la umbría de las ruinas romanas del viejo